
la imposible sociología de césar germaná

guillermo rochabrún s.

Pocas veces me ha sido tan difícil comentar un texto como en este caso, pues en él casi no hay idea, central o secundaria, con la cual no esté en desacuerdo en un sentido o en otro. Para no perderme en esa «criticabilidad» exacerbada voy a exponer primero el meollo del problema, para luego detenerme en algunos aspectos específicos.

El meollo

- A. A mi modo de ver el supuesto más discutible de la exposición de Germaná es su firme convicción de que puede y debe haber *una sola forma legítima de concebir y practicar la sociología*, la sociología crítica tal como él la entiende: no solamente anti-capitalista, sino también anti-ilustrada, ergo anti-racionalista, y finalmente anti-occidental.
- B. Pero de una u otra manera esa sociología tiene ya una trayectoria en el país. Por lo tanto lo menos que Germaná podría hacer es evaluarla, y explicarnos por qué ella ha dado tan escasos resultados, sobre todo en los últimos tiempos. La omisión de un juicio equilibrado sobre ella, así como de medidas realistas para enmendar su pobreza, es uno de los vacíos que hacen tan poco persuasivo su punto de vista.

No necesito decir que me identifico plenamente con la vocación crítica de la sociología, o con el espíritu y la obra de los clásicos (para no mencionar ideales como la «autoconstrucción democrática

de la sociedad»). Pero las obras clásicas no podrían haber sido escritas sin aquellas que no lo son: sin una infinidad de trabajos «meramente» descriptivos y carentes de mayores pretensiones. Weber no habría escrito *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* sin la mar de investigaciones sobre las cuales se apoya. Ni podría Durkheim haber escrito *El suicidio* sin las estadísticas oficiales, o *Las formas elementales de la vida religiosa* sin los trabajos etnográficos que él consultó —muchos de los cuales corresponderían al susodicho «chato empirismo». ¿Y qué decir de los «Blue Books» que tejen las páginas de *El capital*?

Para que un intelectual-artista pueda ejercer su talento muchos anónimos albañiles han debido proporcionarle multitud de materiales. Y la relación es sustancialmente unilateral: el creador necesita del trabajador no calificado mucho más que al revés. Me atrevo a suponer que la sociología en el Perú —cuyo desempeño no es posible evaluar cabalmente en una sola frase— se encuentra a menudo tan por debajo de los retos actuales que esta sociedad le plantea, debido a la precariedad o simple ausencia de una indispensable masa crítica de estudios descriptivos, esforzados y modestos. Estudios que sin pretender iluminar las conciencias y pudiendo ser apreciados desde muy distintas miradas ideológicas, proporcionan información incipientemente elaborada, de modo de hacer posible distintas interpretaciones y reinterpretaciones.

De esta manera, en vez de oponer las distintas formas de hacer sociología, obsesionados por uniformizarla, debemos alentar su diversidad y su diálogo permanente, pues nada le hace tanto daño a cualquier perspectiva como la extirpación de sus alter. Si algo es políticamente decisivo —mucho más que las orientaciones teóricas, políticas e ideológicas de los investigadores— es el debate *público* de sus esfuerzos. Es sobre esta necesaria difusión de sus resultados que cualquier diálogo podrá darse.

Por otra parte sorprende la a-historicidad con la que Germaná se refiere a los clásicos. Pensemos en el enrevesado tema de la «profesión»: no solo ni Weber ni Durkheim recibieron una formación sociológica —lo cual era obviamente imposible—; tampoco ninguno de los dos formó a sociólogos, salvo por opción personal de algunos discípulos. Y es que en el mundo universitario la sociología no existía como carrera sino apenas como asignatura.

Nos guste o no, la situación actual es radicalmente distinta: la sociología es una disciplina en sí misma y en modo alguno una asignatura complementaria para otras profesiones; ese es el hecho elemental del cual partimos. Claro está, podemos pensar que ello es perverso, que de esta manera se tergiversa su capacidad crítica sobre la sociedad; pero en tal caso nuestra práctica debería estar dirigida centralmente a *eliminar* la sociología como carrera. Ahora bien, si no pensamos así debemos darle una salida; lo que no es posible es colocarnos profesionalmente en esta disciplina —por ejemplo, enseñándola— y a la vez querer que no sea sino una reflexión *intelectual* más¹.

¹ No podemos ahondar en este tema, pero creo que Germaná piensa en la sociología no tanto como

Sobre estas premisas quiero opinar acerca de algunos debates muy actuales: no rechazo el proyecto iniciado por la Universidad Federico Villarreal, aun si en apariencia no pareciera ser capaz de proporcionarnos conocimientos sociológicos de primer orden. Más aún, en el papel inclusive me entusiasma. Para empezar, hasta donde tengo entendido sus principales gestores no son ajenos a la sociología como ciencia ni a sus vertientes críticas, ni me consta que hayan renegado de lo uno o de lo otro. De otro, tal proyecto no es el fruto vergonzoso de un «pragmatismo rampante», sino resultado de una profunda preocupación así como de un honesto esfuerzo por dar cuenta del Perú *de hoy*: en él hay un diagnóstico del país, sobre cuya base se ha prefigurado una idea de desarrollo, y en función de esta última una propuesta para la sociología². Más aún, una vez elaborado han tenido suficiente entusiasmo y valentía como para someterlo a un debate público.

En tercer lugar, esta propuesta quiere ser responsable ante las posibilidades profesionales de la juventud que se acerca a la carrera. En tal sentido asume al mercado como una de las instancias de la constitución y funcionamiento de esta sociedad, sin hacer de él ni un ídolo ni un estigma. A fin de cuentas el mercado es un mecanismo entre otros que permite conocer legítimas demandas de la población³; lo que el proyecto pretende es, hasta cierto punto, intervenir e innovar en dicho espacio.

Percibo todo esto mucho más sensato y saludable que el *wishful thinking* de Germaná según el cual, al haberse reducido aún más el mercado para los sociólogos, ahora existirían mejores condiciones para conseguir estudiantes con vocación de vivir para la sociología⁴. ¿Pero por qué habría de ser así, en esta época de «pragmatismo rampante», donde además la sociología académica ofrece un rostro tan poco atractivo? Por el contrario podría ser más bien un momento proclive para que la sociología desapareciera del todo; ¿a fin de cuentas, quiénes reclaman hoy en día un conocimiento propiamente sociológico acerca de la sociedad?

Por último, de existir múltiples formas de hacer sociología me parecería muy realista y atractiva la posibilidad de realizar encuentros entre estudiantes y egresados jóvenes con investigadores y analistas más experimentados, comunicando sus experiencias de campo, y buscando

una actividad académica, sino en el fondo como una actividad intelectual; de ahí que implícitamente aluda al ensayo como la forma más adecuada para conocer la realidad. Muy próximos entre sí, lo intelectual y lo académico no son idénticos, sin embargo; si al académico se le atribuye la libertad para poder realizar su vocación, al intelectual se le ha exigido el compromiso. En fin, esto amplía y complejiza el círculo de términos: académico, científico, profesional, intelectual.

² En cambio el proyecto de Quijano-Germaná-Pacheco para San Marcos carecía de estas instancias de fundamentación, mientras que las reformas curriculares de la PUCP son más que nada rectificaciones y reajustes sobre la marcha.

³ Al parecer Germaná identifica al mercado con los grandes capitales; así hace desaparecer la demanda de los consumidores individuales. Como en toda ideología —entendida como simplificación abusiva de la realidad—, el rechazo tajante del fenómeno reduce su complejidad a una caricatura; de esta manera el bebé es arrojado con el agua sucia.

⁴ Como si entre vocación y profesión existiera una razón matemática inversa. Por el contrario, lo que existe —y con mucho— desde que la sociología se volvió una carrera, ha sido una relación directa.

darles una forma teórica respetuosa de la complejidad de la realidad⁵. Ello no está incluido explícitamente en ningún proyecto, pero al mismo tiempo nada lo impide.

Creo pues que carece de sentido y no vale la pena oponerse a un intento como el villarrealino; por el contrario deberíamos ayudar a que se realice de la mejor forma, afinándose y rectificándose cada vez que fuese posible. También pienso que diseños como el de Quijano-Germaná-Pacheco para San Marcos deberían tener su oportunidad: al nivel de post-grado que les corresponde. Y sostengo que, para beneficio de todos, ambos podrían tener ocasiones de encuentro. Como alguna vez dijera un fallecido y hoy desprestigiado líder político: «¡Que cien flores se abran!»⁶.

Algunos ajustes de cuentas

Habiendo expuesto lo que para mí es la médula de este debate, considero ineludible comentar algunos de los temas de la exposición de Germaná que me son particularmente problemáticos.

a. La sociología como crítica parasitaria

Germaná, así como otros sociólogos, ha realizado su trayectoria profesional bajo las contradicciones que han paralizado a la sociología cuando ésta ha sido entendida como una teoría de la subversión social. Bajo esa forma se pretende de un lado que ella sea parte de un orden institucional perfectamente establecido: un mundo universitario con planes de estudio y recursos adecuados y asegurados para enseñar e investigar. Por otro se demanda que esa misma sociología carezca de todo vínculo con los agentes y actores concretos de dicho orden, en tanto que éste constituye un sistema de poder, de dominación, de explotación.

Existir dentro de la sociedad y el Estado, y a la vez querer estar por afuera de todo «para no comprometerse con el *statu quo*». Desde esta práctica se ha demandado que el Estado burgués cobije y financie a la así denominada sociología «crítica»; de no hacerlo quedaría «desenmascarado», y así habríamos llegado a nuestra meta (¿...?).

Me pregunto a quién hoy en día le puede atraer tal política⁷. Sospecho además que ella ha sido la responsable principal de la esterilidad

⁵ Un cabal ejemplo de esto último es el importante trabajo de Ignacio Cancino *Vendedores ambulantes en Ate-Vitarte. Formas de trabajo y reproducción*. En el colofón que escribí comentándolo refiero cómo se fue construyendo el objeto. EDAPROSPO, Lima 1995.

⁶ En el hermoso fragmento de Saint Simon que sirve de epígrafe al texto de Germaná leemos que «en filosofía es preciso... adquirir conocimientos, con cuidado, de todas las teorías y de todas las prácticas.» Esto es curioso, porque de la exposición de Germaná puede desprenderse que, al ser éticamente rechazable, el lado de la «ingeniería social» no solamente no debiera practicarse, sino tampoco merecería ser objeto de aprendizaje.

⁷ No puedo dejar de reconocer que alguna vez participé de esa forma de pensar, y no interesará demasiado si fue más por omisión que por acción; pero sería inadmisible que toda la experiencia transcurrida aconteciera en vano. De otro lado las metas últimas siguen siendo las mismas que entonces.

y del casi nulo impacto académico de la sociología en universidades como San Marcos, desde los años 70 en adelante. Desde esta concepción *auto-marginadora* se sostiene de obra y de palabra la imposibilidad de mantener vínculos de distinto orden con diversos poderes establecidos, y a la vez tener autonomía y capacidad crítica⁸. Como la realidad bien lo demuestra, sabemos que no es así.

Por otro lado esta concepción asume como meta y misión *de la sociología como tal*, liberar y dirigir el pensamiento de los dominados y explotados hacia la libertad y la autonomía —¡una pretensión nada menos que mesiánica! Más modestamente, pienso que cierta sociología podría ser, con suerte, un acompañante entre otros en tan inmensa tarea.

Sé que esto es formalmente una caricatura, pero a mi leal saber y entender constituye una formalización fiel de lo que Germaná plantea. El asunto no es tan sólo su radical inoperancia como política —reiteradamente demostrada— sino que su fundamentación está saturada de contradicciones, simplismos, imposibilidades lógicas y errores de facto. Vale la pena detenernos un momento a examinar algunos de estos problemas⁹.

b. ¿Por la sociología o contra ella?

La imagen que Germaná da de la sociología está atravesada por una increíble contradicción. Según él la sociología sería hechura directa del racionalismo ilustrado (aunque también —sin que explique por qué— la llama su «prisionera»); de ahí se derivaría su carácter de «ingeniería social». Pero entonces éste no tendría un carácter anómalo respecto a dicho racionalismo, y más bien se correspondería perfectamente con su constitución más íntima. Oponérsele desde su interior sería por lo tanto absurdo, pues no cabría entonces esperar que la sociología pudiese ser otra cosa. Así como sería utópico buscar un capitalismo sin explotación, sería un despropósito luchar por una sociología ajena y contraria a la razón instrumental. La tarea sería antes bien *suprimir* tanto la una como la otra.

Sin embargo al mismo tiempo (y también sin mediar explicación alguna) en la exposición de Germaná ocurre que la sociología posee también una *esencia* crítica y liberadora, al punto tal que ambas sólo tienen en común «su vinculación con la vida social». ¿Cómo entender esto?, ¿cómo explicarse que la razón instrumental pueda dar lugar a algo, y a la vez a su signo contrario, si en el pensamiento de Germaná ella y la Ilustración no aparecen como fenómenos dialécticos sino *unidimensionales*?

⁸ En esa política se apoyaba uno de sus portavoces para no asistir al III Congreso Nacional de Sociología... porque en él iba a pronunciar un discurso el segundo vice-presidente de la República. Pureza-impureza, contaminación, estigma; tales parecieran ser sus preocupaciones existenciales básicas.

⁹ Antes de empezar este punto quiero hacer explícita mi plena sintonía con la tarea de «posibilitar que los seres humanos puedan vivir individual y colectivamente de manera libre y autónoma», de procurar que seamos capaces de «decidir libremente nuestro propio futuro». Pero tengo una idea radicalmente distinta respecto al fondo del asunto: quiénes, a quiénes, y de qué deberían liberar.

Pero si la sociología surgió como ingeniería social, como positivismo, como hija de la Ilustración, ¿por qué los autores que luego hemos considerado como clásicos no estarían insertos en esa línea? ¿Por qué el *mainstream* de una disciplina reconocería como sus máximos exponentes a quienes estarían prácticamente en contradicción con él; pues serían los directos inspiradores de una sociología alternativa? O dicho de otra manera: ¿por qué los clásicos de la sociología no son los de la «ingeniería social» —Elton Mayo en lugar de Weber, Ford en lugar de Marx¹⁰?

La única salida posible a estas contradicciones, se nos ocurre, es que la Ilustración —u Occidente, la modernidad, o como lo llamamos—, no se agota en una sola dimensión, como la exposición de Germaná nos fuerza a pensar. Pero ello nos obligaría a cambiar radicalmente de estilo de pensamiento, desechando las simplificaciones abusivas, los maniqueísmos y los formalismos ahistóricos, y tratando de pensar —como nuestro autor propone pero no practica— histórica, relacional y críticamente.

c. Contra Occidente, desde Occidente

En el fondo de muchos equívocos del texto que criticamos está la conversión de algo tan complejo como es la Ilustración —o si se prefiere, a Occidente moderno— en la realización de una sola idea: la racionalidad instrumental¹¹. Y a su vez en condenar a ésta con expresiones tales como «eficiencia» o «relación medios-fines». Si así fuese, ¿cómo podría haber surgido en el seno del espíritu científico una sociología como la que inspira a Germaná —y creo que también a mí?, ¿cómo podría haberse formado una sociología «molesta para el poder»? (¿molesta por ser alternativa, o simplemente competidora?)

Tal como lo entiendo, si algo caracteriza al mundo occidental es un *intrínseco* pluralismo, y a Occidente moderno un sentido *auto-crítico* que le permite aspirar gradualmente a una cierta universalidad: si por ejemplo a su interior puede aparecer la idea de la superioridad de la «raza blanca», ella tiene que fundamentarse, confrontar teorías opuestas, y al mismo tiempo enfrentar a una concepción universal del ser humano, cuyos orígenes últimos quizá sean cristianos. Conste que de esta aspiración universalista se desprenden tanto políticas tolerantes (el respeto a cada cual) como intolerantes (la imposición a todos de *mi* propia universalidad). Esta diversidad inherente es

¹⁰ Digamos al paso que esto último es lo que sugiere Peter Drucker en su por otra parte notable libro *La sociedad postcapitalista* [1993]. Grupo Editorial Norma, Bogotá, 1994.

¹¹ En sus juicios sobre Occidente Germaná se ha dejado ganar por la que quizá sea la mayor inconsecuencia de Weber con su propia metodología: confundir los tipos ideales —nociones intrínseca e intencionalmente unilaterales— con la realidad histórica misma. Véase al respecto el agudo texto de Juan Carlos Cortázar «Algunas reflexiones en torno a la relación entre ciencia y modernidad», donde destaca la perplejidad de Weber al constatar que la vigencia de la ciencia como *vocación* era inexplicable en su «tipo ideal» de Occidente. Cortázar intenta resolver esa paradoja. *Debates en Sociología* N.º. 15, pp. 163-180. PUCP, Lima, 1990.

lo que permite la coexistencia de Valverde y Las Casas, de razón e intuición, de rigor e imaginación, de individuo y sociedad¹².

¿Acaso Adorno y Horkheimer criticaron la racionalidad instrumental en nombre de algún valor que no fuese occidental? ¿Hay algo incompatible con el Occidente moderno en los valores proclamados por Arguedas, tan occidentales como aquellos otros a los cuales combatió? Por último, ¿qué fuentes, si no ilustradas y modernas, tienen la libertad y la autonomía que Germaná proclama?: ¿los griegos clásicos? Quizá, y también Kant, ilustrado entre los ilustrados. El caso es que sin el Renacimiento y la Ilustración esos griegos ahora nos importarían mucho menos.

d. El poder como demiurgo de la sociedad

En el campo teórico, y aparentemente sin percibirlo, Germaná navega a dos aguas. De un lado, suscribe algunos de los aspectos más negativos del «folklore marxista» —por lo demás muy ajenos a la teoría social de Marx—; en particular, el modelo conspiracionista de la sociedad. En éste aparecen dos bloques ya formados y perfilados decantadamente: de un lado los dominadores, constituyentes de la sociedad y del sentido común, cínicos y maquiavélicamente manipuladores, dotados de la necesidad imperiosa y de una capacidad omnimoda para determinar lo que los dominados harán e incluso pensarán. El engaño viene a ser su gran empresa: de ahí se desprende que la gran misión de la sociología crítica sea la denuncia, el desenmascaramiento¹³.

En el polo opuesto, los dominados, y ¿surgiendo de la nada? un agente liberador: la sociología, ¿única? esperanza de los dominados. Ella estará acechada por los dominadores para neutralizarla y convertirla en una instancia más de dominación, por ejemplo mediante esfuerzos por desarrollar su dimensión profesional.

El mayor punto débil de ese discurso es su incapacidad de explicar cómo se habría constituido ese poder; más aún, por lo general ni siquiera percibe que ese problema existe y al cual debe ofrecerle una respuesta racional. Al poder no cabe darlo simplemente por constituido, y mucho menos como constituyente sin más; muy por el contrario debemos dar cuenta de cómo es generado estructuralmente, cómo se reproduce, así como cuáles son los límites de dicha reproducción. Ahora bien, que el poder que Germaná enuncia y denuncia sea dable bajo

¹² Me parece muy interesante esta idea de Alexander: «De hecho la sociología surgió como disciplina a raíz de la diferenciación del individuo en la sociedad, pues fue la independencia del individuo y el desarrollo de sus poderes para pensar libremente en torno a la sociedad lo que permitió a ésta ser concebida como objeto independiente de estudio. Es la independencia del individuo lo que vuelve problemático el orden, y lo problemático del orden hace posible la sociología. ... Esta tensión entre libertad y orden aporta la justificación intelectual y moral de la sociología. Los sociólogos exploran la naturaleza del orden social y justifican discursivamente las posiciones asumidas respecto de este problema, por estar profundamente interesados en sus implicaciones para la libertad individual.» Jeffrey C. Alexander: «El nuevo movimiento teórico». *Estudios Sociológicos* N° 17. El Colegio de México, 1988.

¹³ En el texto el «poder social» es capaz de determinar —léase, manipular—, y en su propio beneficio, el sentido común de las personas. En cambio, en la teoría social propiamente dicha que Marx elaboró de la sociedad capitalista, capitalistas y trabajadores están por igual sujetos a las mismas categorías conceptuales, componentes ellas de relaciones sociales que surgen del curso social de sus vidas, pero independientemente de su voluntad. La noción de fetichismo es el mejor ejemplo. La tarea de la ciencia asume entonces otro talante.

circunstancias históricas particulares es algo que cabe dentro de lo posible, pero en modo alguno podemos asumirlo como un axioma de la sociología.

Así, ¿cómo «calzarían» estas ideas en el caso peruano? En el Perú existen y han existido «poderes», ¿pero qué han estado en condiciones de hacer? Salvo ocasiones muy contadas, se han limitado a administrar —y con miras muy cortas— un precario aparato estatal; es lo que está implícito cuando se afirma que las «clases dominantes» nunca tuvieron ni pudieron llevar a cabo un «proyecto nacional», o que no han podido dominar con sentido histórico. Pensar entonces que ellas constituirían a la sociedad o al sentido común de las demás clases sociales, si bien es sin duda una frase «de cajón», simple y llanamente está muy lejos de ser cierta, más aún para cualquier época, y en particular en los momentos actuales¹⁴.

De otro lado, afirmar que el poder constituye a la sociedad se encuentra en flagrante contradicción con la otra ribera teórica que Germaná recorre: la naturaleza relacional que él atribuye al mundo social, aún sin llegar todavía a la inter-subjetividad. Decíamos que antes de constituir una explicación el poder debe ser explicado; esto es elemental desde *cualquier* mirada sobre la sociedad que quiera ser lógica. Pero es nada menos que decisivo para las corrientes inter-subjetivas en sus modalidades críticas, pues en ellas no se trata solamente de oponerse al poder, ni de develarlo o «desenmascararlo» como si fuera una cosa indeseable. Mucho más que eso, la tarea es *de-construirlo*, para procurar que no reaparezca a través de las mismas prácticas que lo pretenden combatir. Esta última paradoja no será desconocida para nuestro autor.

Por último, al rechazar al sentido común por ser creatura del poder Germaná se muestra en las antípodas de apreciar a la gente en su vida cotidiana. Sin quererlo (dudamos que sea sin saberlo) termina suscribiendo una postura elitista frente a los sujetos sociales. Ello no solamente no es la mejor ubicación para coadyuvar a que «los seres humanos puedan vivir individual y colectivamente de manera libre y autónoma», sino que como hemos visto, es teóricamente insostenible.

En suma

Si fuese necesario habrá que defender con todos nuestros recursos el filo crítico de la sociología. Claro está, por todas partes puede haber personas y colectivos que no tengan mucha simpatía por esta disciplina y menos aún por su dimensión contestataria —sin dificultad

¹⁴ Entre nosotros se ha afirmado al mismo tiempo, y sin salvedad alguna, el monolitismo del poder y su fragmentación: por ejemplo, en el caso de la «oligarquía». ¿Y qué era el poder entre nosotros en los años 70 —una de esas ocasiones en que se hizo algo más que administrar—: ¿era el «imperialismo», el gobierno militar, las grandes empresas capitalistas, las organizaciones laborales? De haber monolitismo, ¿por qué sus acomodos, reacomodos y enfrentamientos recíprocos?. Cfr. mi texto «¿Crisis de paradigmas o falta de rigor?», *Debates en Sociología* N° 19. PUCP, Lima, 1995.

puedo entender y a veces incluso participar de tal sentimiento: ¿quién no ha criticado la poca calidad de mucho que pasa por ser sociología? También existirán quienes trabajan para suprimirla, allá donde tengan algún poder —¿será el caso de San Marcos?—, pero no creo que como reflexión autónoma sobre la sociedad la sociología en el Perú se encuentre tan indefensa como para sufrir alguna amenaza seria, y menos aún que sea tan importante como para merecerla. En cualquier caso la profesionalización sería, en sí misma, el último de los peligros.

Existen antes bien otros riesgos, y nada tienen que ver con el poder ni con la profesionalización. Me refiero en particular a la distancia que la sociología muestra frente a los distintos públicos y a la sociedad en general; lo poco que, en comparación con otras miradas y discursos, es capaz de hablarle a la gente, para que comprendan y *manejen* sus relaciones interpersonales, su inter-subjetividad, su sentido común. Sus propias vidas. Y en ello, salvo excepciones, tanto «críticos» como «profesionalizantes» venimos pecando por igual¹⁵.

El principal problema para la sociología es ella misma, así como la abulia de los sociólogos. De esta última Germaná se encuentra totalmente excluido. [6 de marzo de 1996.]

¹⁵ Al respecto es significativa la aparición reciente de libros como *Manual de la perfecta divorciada* de Marisol Tobalina, *Soy una rubia al pomo, ¿y qué?* de Beatriz Ontaneda, o *Asuntos personales, La experiencia interior en la vida contemporánea* de Jorge Bruce. Sin entrar a discutir su calidad, en ellos no existe esa distancia. Son elocuentes testimonios de la sociedad peruana contemporánea; el primero proviene de una experiencia personal, los otros dos surgen de artículos y reportajes aparecidos en la prensa local. Los tres son ajenos a cualquier nexo con nuestra sociología. Que además dos hayan sido escritos por mujeres no académicas no es menos interesante. Para encontrar algo comparable en los predios sociológicos habría que ir a los trabajos que los estudiantes de la carrera en la PUCP presentaron en sus dos *Coloquios*, y a algunos volúmenes de la serie *Temas en Sociología*.